

do á componer todo un diccionario con las palabras españolas y portuguesas que se han derivado del árabe.

En la misma Francia el árabe ha dejado recuerdos importantes; de modo que Sedillot hace observar con razón que los dialectos de Auvergne y del Limousín están «llenos de vocablos árabes, y que los nombres propios tienen frecuentemente una forma árabe completa.»

«Era muy natural, exclama el autor que acabo de citar, que los Arabes, que eran señores del Mediterráneo desde el siglo VIII, diesen á Francia é Italia la mayor parte de los vocablos de marina, como *almirante, escuadra, flota, fragata, carabela, corbeta, falúa, chalupa, sloop, barca, chusma, dársena, calafate, estacada*, y en primera línea la *brújula*, impropriamente atribuída á los Chinos; era natural que en la formación de los ejércitos permanentes se adoptasen los *títulos* dados á los oficiales de los ejércitos árabes; el *grito de guerra de los Arabes*; el empleo de la *pólvora*, de las *bombas*, de las *granadas*, de los *obuses*; y que en la administración los vocablos de *síndico*, de *ayudas*, *gabelas*, *alcabalas*, *tarifas*, *aduanas*, *bazar*, etc., se tomasen de los gobiernos de Bagdad y Córdoba. Los reyes de Francia de la tercera raza imitaban á éstos en todo; y así la mayor parte de las palabras de las *grandes cacerías* se tomaron de los Arabes; pues la palabra *torneo*, que los lexicógrafos modernos derivan de *torneamentium*, procede del árabe *turnu*, espectáculo militar; pero en lo que debemos particularmente fijarnos es en la nomenclatura científica. Nuestra astronomía está poblada de expresiones árabes: *azimuts, zenith, nadir*, las piezas del *astrolabio*, *alidada, alancabuth*; los nombres de las estrellas Aldebarán, Rigel, Altair, Wega, Acarnar Aghol, etc.; lo mismo hallamos en las matemáticas: *cifras, cero, álgebra*, etc.; en química hay: *alquimia, alcohol, alcali, alambique*; y en historia natural y en la medicina, *bol, elixir, jarabes, julepes, sorbetes, mirabolanos, y ese haschisch*, del cual se ha originado la palabra *asesinos*.»

El autor de un reciente diccionario etimológico de la lengua francesa asegura que la permanencia de los Arabes en el Mediodía de Francia no dejó ningún rastro ni en el patués ni en la lengua. Pero en vista de lo precedente se juzgará del escaso valor de semejante opinión, siendo muy extraño que todavía hoy lleguen á repetirla hombres verdaderamente instruídos.

La lengua árabe es riquísima, y su riqueza

se ha acrecentado continuamente con la adición de vocablos nuevos tomados de los idiomas con los cuales ha estado en contacto. Así es que el diccionario de Ibn-Seid, que falleció en 1065, constaba ya de veinte tomos.

II

FILOSOFÍA DE LOS ÁRABES

Cuando los Arabes entraron en el terreno de la civilización, su filosofía se reducía á esas nociones de psicología práctica, producto de la experiencia, que no se enseñan en los libros, por más que sean las únicas de que generalmente se hace uso en la vida.

Los Griegos, que fueron sus primeros maestros en diversas ciencias, fuéronlo también en filosofía; y las obras de Aristóteles, Tales, Empédocles, Heraclio, Sócrates, Epicuro y todos los autores de la escuela de Alejandría pasaron luego al idioma árabe.

Pero así como en todas las ciencias susceptibles de comprobación experimental los Arabes aventajaron luego á sus maestros, en filosofía adelantaron poquísimos, á causa de no prestarse ésta entonces á aquellos trabajos comprobatorios.

Aunque los filósofos fuesen muy estimados en las universidades, eran mal reputados entre las masas, y á fin de evitar que sus doctrinas las sublevaran, los califas se vieron frecuentemente obligados á desterrarlos por cierto tiempo.

Sin embargo la oposición popular no dejaba de tener buenos fundamentos, pues los filósofos habían acabado por rechazar la mayor parte de los preceptos del islamismo, no admitiendo más que los dogmas fundamentales, como la unidad de Dios y la misión de Mahoma. En vez de reducirse á exponer sus ideas delante de las personas ilustradas, las enseñaban públicamente, escandalizando así á los creyentes.

Verdaderamente corresponden á los Arabes las primeras manifestaciones de lo que los tiempos modernos han llamado libre pensamiento. En efecto, á pesar de la gran reserva que se veían obligados los filósofos á guardar en sus libros, no podían menos de estampar en ellos con frecuencia reflexiones que indican bastante escepticismo. Así vemos, por ejemplo, que Abulala Tenuki, que vivía en el siglo X, asegura que en el mundo hay dos clases de gente: unos que tienen talento y carecen de religión,

y otros que tienen religión, y carecen casi de todo talento.»

A fin de quedar en paz con las masas, los filósofos árabes se resolvieron á separar la religión y la ciencia, como formalmente lo demuestra el célebre Al-Gazzali, que enseñaba en Bagdad en el siglo XI.

«Las verdades consagradas por la razón,—dice,—no son las únicas, puesto que existen, otras, de las cuales nuestro entendimiento es incapaz de dar cuenta; y por consiguiente nos es forzoso aceptarlas, aunque no podamos deducirlas lógicamente de principios conocidos. Nada existe que no sea razonable en la suposición de que sobre la esfera de nuestra razón haya otra esfera, la de la manifestación divina; y si ignoramos del todo sus derechos y leyes, basta para admitirla que el entendimiento pueda aceptar la posibilidad de su existencia.»

El filósofo árabe más conocido y más influyente de Europa fué el célebre Averroes; el cual, aunque generalmente tenido por simple comentador de Aristóteles, parece deducirse de sus comentarios que va á veces mucho más allá que su maestro. En efecto, no pocos puntos de sus doctrinas harían hoy mismo buen papel. Si Averroes no fué un libre pensador en el sentido que ahora se da á esta frase, puede asegurarse que habló de muchas cosas de un modo muy libre; y los pasajes siguientes sobre la inmortalidad del alma y las bases de la moral, que tomo de Mr. Renán, darán idea de su gran independencia.

«Según Averroes, el intelecto universal es incorruptible y separable del cuerpo; y el intelecto personal es perecedero, y muere con el cuerpo.

»Enseñaba la negación de la inmortalidad y de la resurrección; como también la doctrina de que los hombres no deben esperar otra recompensa que la que obtengan aquí en la tierra, con su propia perfección.

»La distinción de los individuos nace de la materia, y la forma, por el contrario, es común á todos; y como lo que produce la permanencia es la forma y no la materia, la forma da el nombre á los objetos, y por esto una hacha sin corte, no es una hacha, sino un hierro. Sólo por abuso puede llamarse hombre á un cadáver. Así es que como pluralidad, el individuo desaparece; pero como representante de un tipo, es decir, en el concepto de miembro de una especie, es inmortal.

»Además el alma individual nada percibe sin

la imaginación, y así como los sentidos no quedan impresionados sino en presencia de los objetos, así también el alma no piensa sino delante de la imagen; resultando que el pensamiento individual no es eterno, pues si lo fuese las imágenes también lo serían; y que, aunque incorruptible en sí mismo, el intelecto es corruptible por su manera de trabajar.

»Respecto de los mitos populares sobre la otra vida, Averroes no oculta la aversión que le inspiran. «Entre las ficciones peligrosas, dice, deben figurar las que no consideran la virtud, sino como un medio de alcanzar la felicidad. La virtud, así considerada, no tiene valor ni mérito alguno, puesto que si el hombre se abstiene de ser voluptuoso, lo hace guiado por la esperanza de obtener una amplia recompensa por tal abstención, y por consiguiente el Árabe no va en busca de la muerte sino para evitar mayores males, y si el Judío respeta los bienes del prójimo es únicamente con objeto de adquirir el doble. Semejantes fábulas no sirven más que para falsear el espíritu del pueblo, y sobre todo de los niños, sin ninguna ventaja para hacerlos mejores. Yo conozco hombres de perfecta moralidad que rechazan todas estas tonterías; á pesar de lo cual su virtud no es nada inferior á la de los que las admiten.»

III

LITERATURA DE LOS ÁRABES

La poesía entre los Arabes.—La antigua literatura del Yemen y de otras partes civilizadas de Arabia nos es completamente desconocida, y las obras más recientes son posteriores á la Era cristiana y apenas anteriores á Mahoma, constando de poesías guerreras, en las que se celebran los combates y el amor. Como los Griegos de las edades heroicas, los Arabes eran aficionados á que la música sonora de sus poetas encomiase sus hazañas.

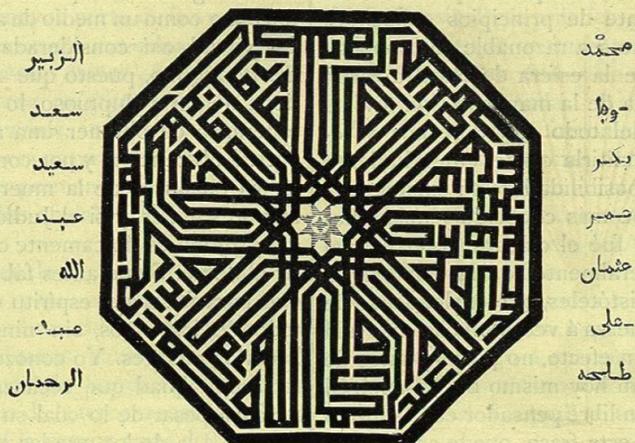
Esas poesías se expresan con frecuencia por medio de imágenes y símbolos, únicas formas accesibles á pueblos primitivos que sienten vivamente, y piensan poco; y difieren mucho de las poesías bíblicas, de las cuales no tienen nunca el tono profético, ni el lirismo sanguinario y sombrío; de modo que sus descripciones de batallas no se parecen en nada á esas relaciones de matanzas salvajes, de degüellos, aniquilamientos y maldiciones perpetuas de Jehovah, de las cuales rebosa el Antiguo Testamento.

La popularidad de la poesía entre los Arabes tuvo por resultado dar gran importancia á los poetas, los cuales excitaban á su antojo los resentimientos y rodeaban de celebridad ó cubrían de vergüenza á una tribu. Tan grande era su influencia, que en tiempo de Mahoma los Koreischitas regalaron al poeta Ascha cien camellos para que no diese á conocer unos versos que había compuesto en favor del profeta.

Tan desarrollado estaba entre los Arabes el culto de la poesía, que muchos siglos antes de

Mahoma habían ya fundado concursos literarios á los cuales concurrían poetas desde todos los puntos de Arabia. Celebrábanse estos concursos en la pequeña ciudad de Okadh, cerca de Taif, á tres jornadas de la Meca; y las obras de los vencedores, se escribían en letras de oro, sobre telas preciosas, y se colgaban en la Kaaba de la Meca, para legarlas á la posteridad.

La poesía tomó sobre todo vuelo en el siglo que precedió á Mahoma, generalizando en todas partes el lenguaje depurado que usaban los poe-



Inscripción ornamental formada por la combinación de caracteres kúficos

tas y contribuyendo á que se fundiesen en una sola lengua los diferentes dialectos que se hablaban en varios puntos de Arabia.

A causa de la costumbre de conservar en la Kaaba las poesías más notables, siete de estos poemas, ó moallakas, han llegado hasta nosotros, y son obras destinadas á describir las guerras de Arabia, la ruda y salvaje naturaleza del desierto, las aventuras de los nómadas, etc.

El extracto siguiente pertenece al poeta Tarafa, quien describe una idea de la vida á la cual los filósofos más escépticos me parece que han añadido poca cosa:

«El hombre que por medio de una conducta generosa sostiene la nobleza de su linaje, logra abandonar su alma á la embriaguez de los placeres mientras goza de la vida. Si la muerte nos arrebatara mañana, entonces conocerás cuál de nosotros dos se arrepentirá de no haber apagado hoy toda su sed. Ninguna diferencia acierto á ver entre el sepulcro del avaro, neciamente económico de sus riquezas, y el del libertino que las ha prodigado en placeres; los dos yacen

bajo un montón de polvo, y una y otra tumba están tapadas con anchas y robustas losas.

»Para mí la vida es un tesoro del cual cada noche que pasa nos roba una cantidad; y un tesoro disminuído continuamente por los días y los tiempos, cerca está de agotarse. Sin duda acaece con los plazos que nos da la muerte para descargarnos el golpe decisivo, lo mismo que sucede con la cuerda que retiene al camello en un pasto; pues aunque la muerte consienta á los hombres una sombra de libertad, dejando flotar por algunos instantes la cuerda que los tiene atados, no por eso es menos cierto que el extremo está en su mano.»

Ahora colocaré enfrente de estos pensamientos notables un canto de guerra que Palgrave recogió en el Nedjed, pues aunque sea desconocida la fecha en que fué compuesto, con todo, lo mismo que el anterior, da una idea clara del modo de pensar de un guerrero árabe:

«He dicho á mi alma, un instante sobreco-gida de temor á la vista de los amenazadores batallones:

»Vergüenza para tí. ¿Por qué tanto miedo?

»Aunque emplearas todo el poder de tus facultades en prolongar tan sólo un día tu existencia más allá de los límites por el destino fijados, inútiles serían tus esfuerzos.

»Las oleadas de la muerte nos cercan, y nuestra vida en el mundo no puede ser eterna. Los largos días no son para el guerrero un vestido de honor; porque aquel vestido no sienta bien sino á los corazones flacos y cobardes.

»La muerte es el término de la vida: allá van todos los caminos.

»El que no cae en el campo de batalla, cae en las garras de la enfermedad y de la decrepitud.

»La vida no es ningún beneficio para el hombre; la vida no es digna de su amor; porque la vejez le transforma muy pronto en un objeto inútil y despreciable.»

Siguió cultivándose la poesía mientras duró la civilización árabe, pero, según parece, no se remontó á mayor altura que antes de la época del profeta. Todo hombre instruído, ya fuese diplomático, ya astrónomo ó médico, era al mismo tiempo poeta; de modo que no sin motivo ha podido decirse que los Arabes han producido por sí solos más poesías que todos los demás pueblos del mundo juntos; siendo tan grande el cariño que tenían por ella, que muchas ve-



Fragmento de inscripción de un cofre persa incrustado de nácar

ces redactaron en verso libros de teología, de filosofía y hasta de álgebra. La mayor parte de sus escritos van mezclados de trozos poéticos.

Parece demostrado hoy que los Europeos han tomado la rima de los Arabes, pues tengo para mí que las disertaciones de Viardot y otros autores han fijado la opinión en este punto, que hace ya muchísimo tiempo habían afirmado otros, particularmente el obispo Huet.

Se ha atribuído á la influencia de los poetas árabes de España el origen de las poesías españolas y provenzales; y aunque esta opinión me parece tan fundada como la anterior, su desarrollo exigiría más consideraciones de las que aquí caben.

Novelas y cuentos. — Además de la poesía, todos los géneros de literatura, como novelas de aventuras, de caballería, de amor, etc., han formado parte de los géneros que cultivaban los Arabes. En estas obras se trata ligeramente de todo lo concerniente á la psicología de los personajes, pero lo que se refería á las aventuras y sucesos maravillosos daba gran realce á las producciones. Aquellos extraordinarios artis-

tas embellecían con su imaginación incomparable todo lo que tocaban (1).

Los Arabes han sido los verdaderos creadores de los libros de caballería, á cuyo propósito dice Sedillot: «En España la imaginación de los poetas se ocupaba en hacer novelas y cuentos, pues los sectarios de Mahoma fueron siempre grandes narradores, y llegada la noche se juntaban en sus tiendas para oír alguna historia maravillosa, á la cual se mezclaban, como en Granada, la música y el canto. El romance compuesto de piezas imitadas ó traducidas del árabe, traza con exactitud las fiestas de aquel tiempo, los juegos de sortija, las corridas de toros, los combates de cristianos y moros, las hazañas y bailes de los caballeros, y esa galantería delicada y rebuscada que tan famosos

(1) La imaginación de los Arabes y su tendencia á embellecerlo todo, se manifiesta en las cosas más comunes, como se vé en las perifrasis que emplean los vendedores de las calles de Damasco para atraer la atención de los compradores. El vendedor de flores, las anuncia gritando: *Apacigua á tu suegra*; cosa, al parecer, tan difícil en Oriente como en Occidente. El vendedor de berros certifica que la vieja que los coma será joven al día siguiente. Para anunciar que las almendras están bien tostadas, su propietario asegura que *los dientes no pueden romperlas*. Una torta sencilla es *un manjar de golondrina*, y el higo es el *fruto de Baal*, etc.

hizo en toda Europa á los moros de España.» Entre los cuentos árabes más conocidos, desuellan los de Hariri, de Hamadrani y de los autores de las *Mil y una Noches*.

Las *Sesiones* de Hariri son célebres en todo el Oriente. Hariri nació en 1054 y murió en 1121 en Basorah, después de adquirir la reputación de uno de los hombres más sabios de su tiempo. La Biblioteca Nacional de París y la de monsieur Schefer poseen un hermoso manuscrito ilustrado de esta obra.

Hamadrani murió en 1007, y adquirió también gran celebridad en este género de composiciones: su memoria era tan fenomenal, que recitaba un poema que había oído una sola vez. También era célebre por la pureza del lenguaje y por la elegancia de las palabras que empleaba en sus improvisaciones.

De todas las obras de los narradores árabes, la más conocida es sin duda el maravilloso libro de las *Mil y una Noches*. El origen de esta colección ha sido muy discutido; y casi se da hoy por demostrado que se compone de trabajos procedentes de muy diversas épocas, algunos de los cuales son anteriores al siglo x, como lo prueba la mención hecha por Mazudi en su libro las *Praderas de Oro*, compuesto en aquel tiempo. Aunque las *Mil y una Noches* contienen relaciones tomadas de los Hindus y de los Persas, la mayor parte fueron compuestas desde el siglo xiii hasta el xv por varios árabes de Egipto. Mr. Weil, profesor de lenguas orientales en Heidelberg, dice en el prólogo de la edición alemana que publicó de las *Mil y una Noches*, siguiendo el texto oriental, que sin la menor duda, casi todos estos cuentos son árabes, y muy diferentes de los de origen hindu y persa que figuraban en la colección que se conocía igualmente con el mismo título en los primeros siglos del islamismo.

A pesar de sus defectos bien visibles, este libro es uno de los más sorprendentes que se han escrito; y además su lectura es tan instructiva como interesante, porque nos da noticias precisas acerca de las costumbres, sentimientos é ideas de los Arabes en varias épocas.

En este concepto, la historia que sirve de preámbulo á la obra es muy curiosa, y arroja viva luz sobre la psicología íntima de los Orientales, respecto á la parte impulsiva de su carácter, á su opinión sobre las mujeres, etc. Los cuentos y leyendas de un pueblo constituyen un manantial de pruebas que la historia ha desdennado mucho tiempo, pero cuya importancia

ya se comienza á conocer; y en el estudio de una población muy curiosa que hemos podido observar en los montes Tatra, el análisis de los cantos populares y de las leyendas nos han provisto de las más preciosas noticias para reconstituir la psicología de los antepasados de un pueblo cuya historia no se escribió nunca.

Fábulas y proverbios.—Las fábulas, apólogos y proverbios disfrutaban de mucho favor entre todos los Orientales, por ser un género de literatura que habla claramente al espíritu, y se fija con facilidad en la memoria, al paso que los razonamientos abstractos fatigan y se olvidan luego.

El más célebre fabulista es el legendario Lokmán, de quien habla Mahoma en el Corán como del tipo de la cordura. Algunos autores lo dan por contemporáneo de David y hasta de Abraham; bien que otros suponen que el autor de las fábulas es un personaje diferente, posterior á Mahoma. Pero la semejanza de sus apólogos con los de Esopo parece indicar que se tomaron de este autor, ó al menos que unos y otros derivan de una misma procedencia.

Los proverbios árabes son numerosísimos, y España y el resto de Europa han tomado de ellos muchos de los que poseen, siendo de origen musulmán gran parte de los que constituyen el caudal inagotable de la sabiduría de Sancho Panza.

A fin de dar una idea de los proverbios de los Arabes, citaré algunos, tomados de un trabajo de Mr. Piesse.

«La vida bajo el ala de una mosca vale más que el sueño del cementerio.

»Aprovechad la juventud, porque la vida sólo consta de un instante.

»Acaba esta noche con tus disgustos, porque no sabes lo que te sucederá mañana.

»Si tratas á un herrero, te mancharás de hollín, y si á un perfumista, te impregnarás de olores aromáticos.

»El amor se apasionaría de un pedazo de leña.

»El que se casa con mujer hermosa, por su hermosura, saldrá con las manos en la cabeza; el que se casa con mujer rica, por la riqueza, señal nos da de ser codicioso; sólo el que se casa con mujer cuerda puede decir que se ha casado.

»Si las mujeres os quieren ¡cuántas puertas no os abrirán! pero si os detestan, os emparejarán con una telaraña como con paredes de hierro.

»Una posición mediana y la tranquilidad valen más que la opulencia y los cuidados.

»En boca cerrada no entran moscas.

»La prudencia vale la mitad de la vida, y hasta se dice que vale la vida entera.

»El ratón no puede engendrar más que al ratón.

»El arbusto que produce la rosa produce también las espinas.

»Aconséjate del que te haga llorar, y no del que te haga reír.

»Obrar con oportunidad es triunfar.

»Tres cualidades hay que valen por treinta: la hermosura, la piedad y la discreción en amor.

»Hay dos criaturas que nunca están hartas: el sabio y el rico (1).»

Historia.—Numerosos fueron los historiadores árabes, pues Hadji Khalfa, en su Biblioteca oriental, cita 1,200. Como todos los historiadores de la Edad media, imitados en esto por muchos autores modernos, carecen generalmente de espíritu crítico; y si digo generalmente, es por existir un corto número, entre ellos Ibhñ Khaldún, que poseyeron hasta el más alto punto esta cualidad magistral.

Uno de los más antiguos historiadores musulmanes es Tabarí, quien compuso á fines del siglo ix una crónica universal, que comprendía desde el principio del mundo hasta el año 914 de J. C.; y uno de los más célebres es Mazudi, que vivía en el siglo x, y escribió varios libros históricos, como la *Historia contemporánea*, las *Praderas de Oro*, etc. «Al hojear sus obras, dice Quatremère, queda uno estupefacto de que hubiese podido escribir sobre tantas materias, resolviendo tantas cuestiones importantes y difíciles, como allí vemos: su erudición era inmensa para el tiempo en que florecía, y no sólo había leído y meditado los libros concernientes á los Arabes, sino que había llegado á abarcar en sus vastas investigaciones la historia de los Griegos, de los Romanos y de todas las naciones orientales, antiguas y modernas.»

Los historiadores árabes compusieron muchas historias universales, debiendo citarse la de Abulfarage, muerto en 1286.

Ibhñ Khaldún, nacido en 1332, es el historiador dotado de sentido crítico, de quien hablábamos poco há, siendo autor de una *Historia de los Berberiscos*, que principia exponiendo

(1) Es bien evidente que la mayor parte de estos proverbios han inspirado los de igual sentido que existen en castellano.
(N. del T.)

excelentes principios de crítica histórica, y que ha sido traducida al francés.

Makrisi, contemporáneo del precedente, compuso una historia de Egipto, que todavía hoy es la mejor autoridad en lo que se refiere á este país. Esta obra debía formar parte de una crónica general que hubiera comprendido ochenta tomos.

Howairi, que murió en Egipto en 1331, compuso una grande *Enciclopedia histórica*.

Abulfeda, soberano de Hamah, muerto en 1331, es conocido á la vez como historiador, geógrafo y guerrero, y escribió una historia del género humano, muy útil de consultar en todo lo que se refiere á Oriente.

Los Arabes también poseyeron gran número de biógrafos; siendo la biografía más conocida la titulada *Biblioteca oriental* de Hadji Khalfa, muerto en 1658, pues contiene 18,500 indicaciones de obras orientales, junto con el nombre de cada autor y una indicación bibliográfica de todos.

Retórica y elocuencia.—Como los autores árabes daban grande importancia á la forma de sus escritos, redactaron muchas obras de gramática y retórica; y en la sola biblioteca del Escorial, que no representa más que un minúsculo resto de la literatura árabe de España, y que por casualidad se salvó de la destrucción, Casiri halló más de 300 libros sobre retórica. No se han traducido esas obras, y creo que tendría poco interés hacerlo, pues para juzgar de una literatura hay que estudiar las obras del pueblo, y no sus tratados de gramática. Además los libros de gramática y retórica no son más que unos derivados de las obras literarias. El estudio de la gramática y de la retórica sirve para pulir el estilo, nunca para formarlos.

Tampoco podemos juzgar de la elocuencia de los Arabes por sus tratados de gramática y retórica, pues fuera de la enseñanza de las universidades, no debían conocer más que la elocuencia religiosa, por no consentir otra su régimen político. Aunque la elocuencia sagrada es omnipotente sobre las masas orientales, no ha llegado hasta nosotros ninguno de los discursos que produjo.

El resumen que precede debe tan sólo considerarse como un breve extracto del sumario de la historia de la literatura de los Arabes. Sin embargo, quizá habrá bastado para dar idea de la importancia y variedad de sus trabajos literarios, que es lo único que cabía proponerse en una obra tan condensada como la nuestra.